

XXXIX Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2023

AYÚDEME A SALIR

ANTONIO TOCORNAL

ACCÉSIT

El 14 de Julio de 2023,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Carlos Castán, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la trigésima novena
edición al cuento titulado Ayúdeme a salir,
de Antonio Tocornal.

Antonio Tocornal (San Fernando, Cádiz).
Cursó estudios de Bellas Artes en Sevilla y, tras una
larga temporada en París, se instaló definitivamente
en Mallorca.

Sus cuentos han sido premiados en numerosos
certámenes, entre los que destacan algunos de los
más prestigiosos en castellano como el «Gabriel
Aresti», el «Ignacio Aldecoa», el «Gerald Brenan», o el
«José Calderón Escalada».

Actualmente compagina su actividad como escritor
con trabajos de asesoría literaria, edición y
corrección de estilo.

Ha publicado las novelas *"La noche en que pude
haber visto tocar a Dizzy Gillespie"* (XXII Premio de
Novela «Vargas Llosa» 2017), *"Bajamares"* (XIX Premio
de Novela «Diputación de Córdoba» 2018), *"Pájaros
en un cielo de estaño"* (Premio «València» de
Narrativa en Castellano Alfons el Magnànim 2020) y
"Malasanta" (XLI Premio de Novela «Felipe Trigo» 2021
y finalista del «Premio Andalucía de la Crítica 2022»).

"Cadillac Ranch", su primer libro de relatos, está
actualmente en proceso de edición y tiene prevista
su salida en 2023.

AYÚDEME A SALIR

La primera vez escuché solo esto: «¡Psss, oiga!, ¡ayúdeme a salir!».

Escuché solo esa frase que tuvo el poder de detener a un tiempo mis elucubraciones sobre asuntos mundanos y mi caminar, y entonces miré a mi alrededor con curiosidad, como es lógico. No vi a nadie en las inmediaciones, ni tampoco coches aparcados ni buzones de Correos de esos que parecen estar diseñados como pequeños búnkeres para ocultar a niños o a enanos, ni inmuebles en las cercanías tras cuyas ventanas o puertas pudiese haber alguien atrapado o cautivo intentando procurar mi atención. Ni siquiera había cabinas de teléfono en las que pudiese haber una persona encerrada como en aquella vieja película. Ya no hay de esas; las quitaron hace tiempo.

No había nada ni había nadie. Yo atravesaba un parque y la madrugada; el mismo parque que atravesaba cada vez que iba o volvía del trabajo; distinta madrugada. A mi alrededor solo veía árboles dormidos, farolas de hierro fundido que aún derramaban sin entusiasmo una luz anaranjada y casi inmaterial, y un banco de madera cubierto de rocío y con el sello fresco de alguna paloma. Ni siquiera había macizos de arbustos entre cuyas ramas pudiera haberse escondido alguien, ni una alcantarilla bajo cuya tapa se pudiese haber originado la voz. Tras buscar durante unos minutos, y viendo que la llamada no se repetía, proseguí mi camino, si bien aquella petición de auxilio no se me fue de la cabeza durante las ocho horas que pasé en la oficina. Llegué a pensar que había sido generada por mi imaginación, y a preocuparme por mi equilibrio mental.

Cuando salí de la oficina al acabar la jornada, decliné la invitación de mis colegas para ir a tomar una cerveza, y me dirigí de nuevo al parque. Me aproximé al banco de madera —ya seco—, me senté en él, y a los pocos minutos volví a oír la misma voz de por la mañana, que de forma nítida e inequívoca, decía: «¡Ayúdeme a salir!».

Era una voz de hombre; una voz que me resultaba familiar, que tenía el mismo acento sureño que yo, y que igual podría haber sido mi propia voz unos años más tarde, como si fuese una voz mía pero maltratada por el alcohol y la intemperie, o como mi propia voz en la actualidad que, con la distorsión que percibe quien se

escucha desde fuera de su propio cuerpo, me costaba reconocer como mía. Además, quienquiera que fuese, no parecía alarmado; no había vehemencia en el timbre ni parecía estar corriendo ningún peligro inminente ni desear salir con excesiva urgencia de donde quiera que estuviese retenido o recluido.

Volví a mirar a mi alrededor. Definitivamente no había nadie, ni tampoco había dónde ocultarse, pero al menos tuve la certeza de que el episodio de la mañana no había sido una alucinación, y eso me tranquilizó. En todo caso, pensé, si soy objeto de una broma, esta no tiene mucho más recorrido, y el bromista no tardará en descubrirse a sí mismo aunque solo sea para reclamar su autoría. Desconcertado, me quedé allí en el banco durante varias horas por ver si la llamada se repetía o si descifraba su origen, pero el hambre y el sueño doblegaron mi voluntad, y acabé por marcharme a mi casa arrastrando los pies y mi confusión, aunque apenas pude cenar ni dormir.

Al día siguiente de madrugada, al acercarme al banco, ralenticé mis pasos de forma deliberada, aunque no habría hecho falta. Justo al pasar por delante, me volvió a asaltar la misma voz: «¡Eh, ayúdeme!, ¡écheme una mano!». En esa ocasión noté por primera vez cierta familiaridad; me habló como se habla a alguien a quien ya se conoce, aunque guardando respeto y cierta distancia, y admito que yo mismo tampoco me sorprendí como la primera vez; como si ya fuese una voz amiga o al menos conocida o esperada. Busqué de nuevo durante un rato, claro, pero no quise demorarme mucho tiempo: tenía que entrar a trabajar, pero además me había preparado: ese día aproveché la pausa del almuerzo y, en lugar de ir con mis colegas al bar donde sirven menús del día, me instalé en el banco a ver si averiguaba algo más. Nada más sentarme y abrir la fiambarrera, oí con claridad: «¡Oiga, ayúdeme; ayúdeme a salir, hombre!». Tras buscar durante unos minutos aun sabiendo que serían infructuosos, acabé por comer en silencio y envuelto en mi estupor. La comida no me supo a nada, pero mi estupor adquirió consistencia, como algo material y denso que se posa en silencio sobre los hombros.

Pensé en poner el asunto en manos de la policía, pero me eché atrás cuando calculé los interrogatorios interminables, la torpe transcripción de mi declaración por un agente que apenas sabría teclear y que cambiaría mis palabras por otras menos precisas que yo no habría pronunciado, los atestados, la burla de

los policías cuando fuésemos juntos al parque si la voz no se manifestaba, y las consiguientes acusaciones de bromista o de gamberro o de perturbado. Decidí no involucrar a nadie más. La voz, por otra parte, nunca se había expresado cuando pasaban otros transeúntes; al menos en mi presencia. Me pedía ayuda a mí, y debía ser únicamente yo quien se la prestase a su dueño si es que conseguía localizarlo.

Deduje que era inútil seguir buscando algo que era evidente que no encontraría, pero aun así adquirí la costumbre de almorzar allí a diario, y de pasar algunas horas tras el trabajo sentado en el banco, por ver si podía ayudar a quienquiera que me lo estuviese pidiendo con tanta insistencia. A veces oía la voz, otras no, pero no conseguía saber quién reclamaba mi ayuda ni por qué razón recurría a mí, ni de qué naturaleza era su encierro ni cómo podría haberlo ayudado.

¿Ayudarlo a qué?, me preguntaba. ¿A salir de dónde?, ¿y a quién? ¿Y por qué yo, si yo no soy nadie? No había sitio en mi mente para otra cosa que no fueran esas cuatro preguntas.

Me obsesioné tanto con el tema, que empecé a pasar en aquel sitio los fines de semana; me llevaba comida, agua y la prensa. Cuando llegaron las vacaciones de verano, no solamente me quedaba allí el día entero, sino que además me llevaba una manta ligera para protegerme del relente, y pernoctaba sobre el banco, bajo la luz anaranjada y casi inmaterial que se derramaba sobre mí con indolencia. La voz se repetía de forma espaciada, y el mensaje era siempre muy parecido: «¡Eh, usted, ayúdeme, tengo que salir de aquí!», y otras variaciones de lo mismo, sin más explicaciones.

Cuando llegó septiembre, tras las vacaciones, empecé a faltar al trabajo para pasar más tiempo instalado en el banco. Me amonestaron primero un par de veces y finalmente me despidieron, e intentaron hacerlo con escarnio, cosa que no me afectó. No quise explicarles nada ni intenté justificarme. Acepté firmar los documentos que me presentaron, y enfrenté con indiferencia tanto las recriminaciones de mis jefes como las palmadas en la espalda de mis colegas, que llevaban implícito un veneno mucho más sutil bajo el que se adivinaba cierto regocijo mezquino.

Yo encontraba que descifrar aquel misterio de la voz del parque era más importante que el cometido burocrático de subalterno que llevaba años

desempeñando a cambio de un salario que apenas me permitía pagar la hipoteca y comprar algo de comida y de ropa. En el parque, al menos, alguien me necesitaba de verdad. Allí hacía algo que parecía darle algún sentido a mi existencia, aunque se limitase a una espera que de momento se revelaba infructuosa.

Han pasado unos meses, y el banco se ha quedado con mi apartamento por haber dejado de pagar las cuotas de la hipoteca; de todas maneras le daba poco uso, ya que hago mi vida en el otro banco, el de madera, mucho más comprensivo y acogedor. A veces me alejo un poco hasta los contenedores de la parte trasera de un supermercado cercano, en la zona donde descargan los camiones. Tras rebuscar un poco, siempre consigo algo de fruta bastante madura pero aún comestible, paquetes de embutidos envasados al vacío o un par de yogures recién caducados o a punto de caducar; es increíble la cantidad de comida aprovechable que se tira sin más. El parque es seguro y hay aseos públicos no muy lejos; la policía no me molesta, y tengo oculto en lo más recóndito de la arboleda un carro de supermercado lleno de ropa y de cartones que me dan calor en las noches de invierno; no necesito más.

Cuando anochece, me acerco hasta una fuentecilla que hay en el mismo centro del parque, por donde pasean los turistas. He descubierto que si dejo un par de monedas bien brillantes en el fondo, algunos extranjeros despistados arrojan otras durante el día para invocar a la suerte. No tienen ni idea de lo bien que funciona ese acto de superstición, solo que a la única suerte que invocan, sin sospecharlo, es a la mía. Es como ir de pesca; uno necesita carnada si quiere cobrar piezas. Con las monedas que pesco me da para comprar un par de botellas de vino tinto de un litro para pasar la noche, y me cuido de dejar cebo para la pesca del día siguiente. Siempre he pensado de mí mismo que tengo dotes para la empresa.

Ya hace tiempo que mi vida se desenvuelve en el banco del parque y en sus alrededores. No es mala vida; tengo mucho tiempo para pensar. Ya percibo el banco como algo propio, como un territorio propio, o como algo parecido a una patria. Conozco cada brizna de hierba que lo rodea, cada gorrión y cada lagartija que se me acerca a diario para compartir mi comida, y ya no me afectan durante las noches de verano ni el zumbido de los mosquitos ni el estridular de las chicharras invisibles. En invierno, una capa de cartón sobre el banco me aísla del frío, y un buen

plástico me mantiene seco de la lluvia y del relente, y la ingesta del vino antes de dormir me asegura varias horas de sueño de una tacada. Hace mucho tiempo que no me afeito ni me corto el pelo; no lo necesito, ni tampoco encuentro que ducharse a menudo sea tan necesario como siempre nos han hecho creer, lo mismo que cambiarse de ropa si no hay variaciones de temperatura relevantes.

Cuando un transeúnte pasa junto a mi banco, le hago una señal con la boca para llamar su atención; le digo «¡Psss, oiga!», y luego: «¡Ayúdeme!, ¡ayúdeme a salir!». Lo hago por experimentar, sin demasiada convicción, ya que tampoco tengo especial interés en salir de aquí o en cambiar de vida, o mejor dicho, he comprendido que de una situación como la mía no se sale; es imposible y es algo que ya tengo asumido. Lo único que se puede hacer es aprender a sobrellevarla; a vivir el día a día sin pensar en el mañana.

Nadie gira nunca la cabeza; se diría que nadie me ve. Como si yo no estuviese allí; como si yo fuese transparente o invisible o viviese en otro tiempo anterior o posterior, o simplemente como si yo no fuese real ni tangible.

